

AÑO II - BUENOS AIRES, MAYO 20 DE 1918 - N° 27

LA NOVELA SEMANAL



AS HIPODROMO

POR

MARIO BRAVO

PRECIO: 10 Centavos

Los médicos dicen.....

que **HIERRO NUXADO** es un poderoso reconstituyente y lo recomiendan en una gran variedad de casos para combatir la debilidad, la anemia, el raquitismo y la neurastenia.



El hierro orgánico es tan necesario a la nutrición como el agua a las plantas, porque transforma la parte nutritiva de los alimentos en tejido vivo, dando así al organismo sangre nueva y músculo vigoroso.

Si los alimentos que ingerimos no contienen hierro, de nada aprovecha cuanto se come, puesto que pasa por el cuerpo sin que éste asimile lo más útil y produciendo por el contrario un desgaste orgánico que se traduce luego en debilidad y puede ser productor de largas y graves enfermedades.

Y como la mayor parte de los alimentos corrientes no contienen suficiente cantidad de hierro orgánico, es necesario administrarlo al cuerpo, de manera paulatina y convenientemente dosificado. Por esto debe tomarse **HIERRO NUXADO** aun por aquellas personas aparentemente sanas, pero que sienten a veces cierto malestar por exceso de trabajo o por otras diversas causas propias de sus ocupaciones, como también por las que sufren desarreglos intestinales o desórdenes funcionales de cualquier especie, y muy especialmente por las señoras y señoritas que al sentir cierto malestar indefinido lo atribuyen a enfermedades pasajeras, propias de su sexo, cuando en realidad es debido a la falta de hierro necesario a su organismo y a la pobreza de su sangre por el mismo concepto. ¡Cuántos pacientes hay que sufren enfermedades al parecer desconocidas o incurables y que sanarían completamente si tomaran durante un tiempo, con regularidad, **HIERRO NUXADO**!

No ha mucho se presentó a un Círculo médico norteamericano un in-

dividuo al parecer completamente sano, que deseaba asegurarse la vida y que precisaba la revisión médica previa en estos casos. Pues bien, esta persona manifestó que siempre se sentía bien y que sólo alguna vez, por rara casualidad, notaba una especie de ligero malestar detrás de la cintura, ni que no daba importancia por lo poco que lo molestaba. Ese hombre, al ser revisado prolijamente, se vió que padecía una enfermedad de cuidado en los riñones, que podría llegar a ser muy grave por poco que se presentaran condiciones favorables para su desarrollo y tuvo necesidad de tomar durante un tiempo **HIERRO NUXADO** para sanar completamente y ser aceptado por la compañía a que quería asegurarse. Este es un caso patente que comprueba lo equivocado que están muchas personas que se creen completamente sanas y que en realidad llevan en su organismo los gérmenes de peligrosas enfermedades que pueden llegar a veces a tener fatales consecuencias.

NOTA: El poderoso tónico **HIERRO NUXADO**, prescripto por los médicos en la mayor variedad de casos, no es una medicina de patente ni un remedio secreto cuyas propiedades curativas estén a merced de cualquier circunstancia fortuita que pueda presentarse, no **HIERRO NUXADO** es una fórmula bien conocida en las droguerías, analizada perfectamente y considerada como la forma más moderna y eficaz de preparar el hierro orgánico y posee además de la ventaja de asimilarse con la mayor facilidad, las no menos importantes de no ennegrecer la dentadura y de que no descomponga el estómago, antes bien es potentísimo para casi toda clase de indigestión, como así mismo para la excesiva nerviosidad y para la extenuación.

Es tanta la confianza de los fabricantes en las bondades del **HIERRO NUXADO**, que ofrecen entregar \$ 100 a cualquier institución de caridad, siempre que alguna persona con falta de hierro en su organismo no acreciente sus fuerzas en un 200 por ciento, tomando este producto durante un período de cuatro semanas consecutivas, si no padecer algún desorden crónico grave.

Se vende en todas las buenas droguerías y farmacias

Dicel Importador: LUIS E. M. LANTA, Rivadavia 1255 — Ezeas A. Res

LA NOVELA SEMANAL

Administración: FLORENDA 248 - Buenos Aires — U. T. 946, Avenida
Unico Concesionario para la venta en la Capital Federal:
LUIS B. GALVAN.

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Canelones 990.

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.

Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELLI, calle 48, Núm. 633.

Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.

Agente en Córdoba y Río 4.º: NICOLAS GULFO.

Aparece todos los lunes con una obra completa e interesante
de los mejores escritores argentinos

PUBLICADAS

1. Una hora millonario, de E. García Velloso, 2.ª edición.
2. La huelga, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviria), 2.ª edición.
3. Artemis, de Enrique Larreta (agotada), en reedición.
4. Una madre en Francia, de Belisario Roldán, 3.ª edición.
5. Luna de miel, de Manuel Gálvez.
6. La Palquinia, de Ricardo Rojas, en reedición.
7. Werther y Don Juan, de J. Ingenieros (agotada), en reedición.
8. El cofre de ébano, de Alejandro Sux (agotada), en reedición.
9. Un peón, de Horacio Quiroga.
10. El Instituto, de Pedro Sondereguer, 3.ª edición.
11. La evasión, de Benito Lynch (agotada), en reedición.
12. La ciudad del amor y de la muerte, de Julián de Charra.
13. El hábit de Narnnyann, de Carlos Muzzio Sáenz Peña.
14. Expiación, de J. L. Fernández de la Puente.
15. Un ensueño en el gran mundo, de Elga Norton.
16. Pintón, de Julio Navarro Monzó.
17. Bobó, de Miguel R. Roquendo.
18. La Esfinge, de Julio del Romero Leyva.
19. En la senda, de Oscar Tarloy (Antonio Juliá Tolrá).
20. La voluptuosidad del poder, de Pedro Sondereguer, 1.ª parte (agot.)
" " " " " " " " 2.ª " "
" " " " " " " " 3.ª " "
21. El tul violeta, de la Sra. de R. de Orlandiz.
22. La degollación de los inocentes, de Attilio Chiappori.
23. El noble del Axel, de Juan José de Soiza Reilly.
24. Holocausto, de César Carrizo.
25. El pozo de las murenas, de Pedro Angelici.
26. La diva, del Marqués de Atela.

Quando los niños tienen la lengua sucia sufren de estreñimiento.

El Jarabe de Higos "California" es lo mejor que se conoce para cuando los niños están intranquilos, febriles y enfermos.

Los niños encuentran este "laxante de frutas" muy agradable al paladar, y en realidad no hay nada que limpie el estómago, higado y los intestinos de los niños con tanta eficacia. Los niños no dejan el juego por evacuar, y el resultado es que sus pequeños intestinos se obstruyen, el higado se pone pesado y el estómago ácido, y entonces se vuelven malhumorados, enfermizos, febriles, no comen, no duermen ni sus intestinos funcionan bien, el aliento se pone fétido, tienen resaca, dolores de garganta, dolores de estómago o diarrea. ¡Oigan, madres! Vean si la lengua de los pequeños está sucia, y entonces déceles una cucharadita del Jarabe de Higos "California", y en pocas horas desaparecerá de su sistema toda

substancia estreñida, las bilis ácidas y la comida no digerida, y el niño estará sano y contento otra vez.

Miñones de madres dan el Jarabe de Higos "California" a sus niños, porque es completamente inofensivo; y los niños lo encuentran muy agradable al paladar, haciendo el efecto rápido y eficaz en el estómago, higado y los intestinos.

Pídale al boticario una botella del Jarabe de Higos "California", que contiene las direcciones impresas en la botella, para niños de todas las edades y para adultos. Cuidese que no le den otro Jarabe de Higos falsificado. Compre el genuino, hecho por "California Fig Syrup Company". Devuelva cualquiera otra marca.

Para informes: L. F. MILANTA — Rivadavia 1255 - Bs. As.

SI SUFREIS TOMADLOS INMEDIATAMENTE



EN TODAS LAS FARMACIAS Y DEQUERIAS



RUIZ Y ROCA
2, FLORIDA, 2 - Bs. As.
LA CASA DE MODA PARA
**PEINADOS, POSTIZOS,
PERFUMERÍA**

MASAJES Y BAÑOS FACIALES.
DEPILACIONES, MANICURAS,
ETC.

NUEVAS TARIFAS A PRECIOS
REDUCIDOS

SOLICITEN CATALOGOS

DIRECCION:
MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

Asesor literario, MIGUEL R. ROQUENDO

EL LUNES PRÓXIMO SE PUBLICARÁ:

N. 28 **LA REVELACIÓN**, del celebrado literato, miembro honorario de la *Real Academia de Florencia*, **JOSE LEON PAGANO**: obra de belleza y misterio, que obtendrá la aprobación de nuestros lectores.

HIPODROMO

POR

MARIO BRAVO ⁽¹⁾

Las páginas que constituyen el siguiente relato forman parte de un trabajo de mayor aliento que promediando tiempo, voluntad i cierto reposo de alma, será una obra que podré titular "Hipódromo y Cía".

Ha verse en el boceto la víspera de una novela. Advertirá el lector su índole i si bien los hechos pudieran llevarle a una conclusión predeterminada, no ha de llegar a su hipótesis, porque, convencido estoy que las fuerzas positivas del carácter pueden triunfar i deben triunfar de los impulsos orientados a destruirlo.

(1) Próximamente, del mismo autor, aparecerá el libro "Vida de Rosendo Montoya".

La colección completa de este semanario estará a disposición del público en los primeros días de Junio p.pmo. Pídanla en los kioskos, estaciones del subterráneo y vendedores de diarios.

PIDAN
SAGARDUA
ES LA MEJOR SIDRA

Padece nuestra sociedad de males tan hondos, que ninguna exajeración literaria puede dar una idea más cabal de ellos, que la simple i exacta acentuación de sus apariencias i realidades. Por causas que no es el momento de analizar, el vicio del juego ha encontrado tierra propicia en nuestra tierra, i sus víctimas fatales e indirectas están en hospitales, cárceles, hospicios, cementerios, o cruzan por las calles de las ciudades, deslizándose como sombras, temerosas de que la curiosidad las descubra i las signifique como el exponente de sus propias debilidades.

La narración no es lo que se llama ordinariamente "un caso". Es un caso vulgar, en sustancia. Un hombre que juega i que en su afán desordenado, cometido el primer error, continúa jugando para remediar las consecuencias dolorosas.

Pero en torno al personaje, actúan otros. Hai una familia, cuya suerte podría vaticinarse i esquematizarse: los hijos irán a manos de cualquier patronato cuando no a la calle libre a servir de agentes de la mendicidad profesional o de la delincuencia organizada que les tomará de utensilio para sus delitos. Serán acaso vendedores de diario. Pueden tal vez, con la rotación del tiempo, ser hombres útiles, si las fuerzas constructivas que están en germen en todo ser viviente, saben defenderse, aún en la inconsciencia. La esposa, deberá afrontar las cargas inherentes a su función de familia. Trabajará, luchará, se sostendrá, hasta que la fatiga física la arrumbe i la destine a una sala de beneficencia, o la garra de la seducción aviesa se clave en su corazón para explotarla o el amor sincero venga a poner su lazo de caricias en su espíritu abandonado a ignoto destino. El esposo, padecerá sus días en la cárcel o será el perpetuo "desocupado" en busca de trabajo que no encontrará, o será el número de una pandilla de tahures. Irá al alcoholismo; la prostitución le tendrá a su lado; vivirá de alguna mujer de arrabal, será un caído en una palabra, si no han podido triunfar en él con suficiente firmeza los valores morales de la dignidad i la conciencia de su responsabilidad de hombre, para sobreponerlo i erguirlo, como quien se levantara en puntas de pie, para quedar lo menos posible en el cieno, en alas de un esfuerzo humano, enérgico i a tiempo.

Nada de esto aparece en el relato. ¿Debo decir que lo he tomado de la realidad? No es preciso. Pero sí, debo afirmar que la fidelidad con que he tratado de narrarlo, como ha de verse, es espontánea.

Es una exposición i no una prédica. Es una relación i no un alegato. Yo quisiera que después de ser leídas, estas páginas suscitaran el buen minuto de meditación que siempre suscitan las lecturas que tocan los episodios en que hemos sido, en que somos o en que podemos ser actores, directa o indirectamente.

No condene ni absuelva, el lector, al personaje. Sígalo en sus pasos, con piedad; dispóngase a tenderle la mano en el momento más difícil, como para sustraerle de la inminencia de una

catástrofe. Vea el lector la realidad social i humana, deténgase ante la duda de la conclusión, i piense que, al punto en que el relato ha llegado, el personaje tiene a su disposición, sin saberlo, la sinceridad del Sr. Juan Harvey, dispuesta a creer; la autoridad dispuesta a retraer su brazo; el hogar abierto que espera una saludable reconstitución, i la vida que se le ofrece con todos sus aspectos contradictorios, como si le brindara la oportunidad de poner en juego, por última vez, la decisión de su voluntad, hacia el camino de la salud, de la luz, de la belleza, en el encanto del paseo, en el color del cielo del mediodía, en la espesura del bosque, en la atracción de los juegos de la vida naciente al pie mismo de las tumbas severas.

Quisiera que estas páginas fueran como la palmada cariñosa con que despertamos de su abstracción inoportuna a una persona familiar que estaba con nosotros comentando el transcurso de la vida.

CAPITULO PRIMERO

Se trabaja, i fuerte, en la casa de Harvey, la conocida casa de Harvey de la calle Victoria, fundada en 1874 por don Tomás Harvey, hoi a cargo de sus sucesores, Juan i Carlos Harvey, hijos del fundador.

Es un hormiguero. La planta baja está, como se sabe, destinada exclusivamente a las ventas. El vasto salón de la planta alta es ocupado por los escritorios. Es allí donde se concentra toda la vida comercial de la firma: sucursales, importaciones, viajantes, informes, catálogo, muestrarios, contaduría i caja.

Don Tomás Harvey transmitiera a todo su personal, desde el primer día en que abriera su negocio, su máxima:

"No hai comercio posible sin una buena contabilidad. Una buena contabilidad debe ser sencilla, limpia, minuciosa i verdadera."

También estaba escrita en cada una de las puertas de las dos grandes cajas de fierro esta leyenda del mismo orijen:

"Todo comercio debe tener abiertas de par en par las puertas de su caja de fierro para el dinero que entra; pero sus grandes puertas deben cerrarse con siete llaves para el dinero que quiere salir."

Con métodos comerciales sencillos i siempre modernos, la casa de los Harvey funciona con precisión cronométrica. Cierra sus balances con utilidades, a veces pequeñas, pero siempre firmes. Su personal goza de la más absoluta libertad para el trabajo, i no hai empleado que haya cometido dos veces una falta.

—Señor—dice el mayor, Juan, cuando toma un empleado nuevo,—en esta casa no se obliga al empleado a quedarse contra su voluntad. La casa tampoco tiene de empleado a una persona desagradable. En el momento en que Vd. no se encuentre cómodo, porque el trabajo le disguste, porque el sueldo le parezca pe-

HIPÓDROMO

queño, por cualquier motivo, en fin, Vd. deja de trabajar i le pido comunicarme sus reclamos. Si la casa puede atenderlos, los atenderá. Si la casa no puede atenderlos, sentiremos muchísimo privarnos de su colaboración.

—Sí, señor.

—Bien, señor; la casa tampoco desea tener empleados que no aspiren a mejorar su situación, ni empleados que cometan un error por día en su trabajo, o faltas de conducta.

—Sí, señor.

—Usted tiene familia, ¿no es así?

—Efectivamente.

—¿Es casado? ¿Tiene padres? ¿Tiene hijos?

—Sí, señor, casado, mis padres viven, tengo dos hijos.

—¿Es Vd. hombre que viste siempre con corrección, no es verdad? ¿Pasea Vd. con su esposa i con sus hijos los días de fiesta? ¿Tiene Vd. muchos amigos? ¿Concorre Vd. al café?

Don Juan era un juez de instrucción antes de tomar un empleado, pero el empleado se sentía satisfecho, porque desde su ingreso se vinculaba a la suerte de la casa, cuya prosperidad era sin duda la mejor garantía para su porvenir i el de los suyos.

El timbre de la casa es indudablemente el señor Andrada, contador, que entrara hace veinte años con un modestísimo sueldo de cien o ciento veinte pesos, i que hoi desempeña las funciones más importantes de la firma, porque es apoderado comercial, recibe una remuneración de mil doscientos pesos, tiene desde hace diez años una habilitación que ha llegado a ser de cinco por ciento, vive en su propio petit hotel, i es el mejor propagandista del evangelio comercial de los Harvey. "Los mejores patrones del mundo".

Cuando se trabaja en los escritorios de Harvey, el martilleo de las máquinas de escribir es la señal prominente de la actividad. Los tenedores de libros, en sus bancos altos, suman sobre los largos escritorios; otros revisan planillas, otros contestan la correspondencia, otros preparan los informes, otros ordenan los pedidos. Frente a la escalera de acceso, las rejillas de bronce con sus ventanillas plegadizas, anuncian la "Caja".

Un visitante puede, desde la última grada de la escalera, mirar todo lo que ocurre detrás de los barrotes de bronce.

Aquel señor, tan bien peinado, es don Pedro Harday, cajero. El que está a su costado, a la derecha, es el señor Carlos Master, o como le dicen sus amigos de empleo, Mister Charles. El señor Alejandro Tello, antiguo vendedor en provincias cuenta con rapidez de máquina, sus paquetes de papel moneda. El señor Ernesto Rojas, ex-empleado del Ferrocarril del Pacífico i del Banco de la Provincia de Buenos Aires, es aquel que frente a la caja número 1, abierta de par en par, ordena los documentos

al cobro que será preciso llevar a los bancos para las operaciones del día.

Cuando llega la hora de la tarde i la ciudad se ilumina i las calles adquieren esa actividad característica, con los empleados i obreros de ambos sexos de las casas centrales que se apresuran para tomar su tranvía, también los empleados de los Harvey salen en grupos, se despiden, se alejan en sus rumbos hasta el día siguiente por la mañana, cuando el "Buen día" interpreta con cariñosa franqueza la solidaridad de los que trabajan juntos.

Una tarde el propio don Juan Harvey se acercó a la "Caja" i después de conversar con los empleados sobre asuntos de comercio, dijo al señor Rojas:

—Señor Rojas, cuando Vd. concluya su trabajo, antes de retirarse, le ruego pasar por mi escritorio.

La invitación, hecha en el tono severo i habitual del jefe, no dejó de inquietar al puntual señor Rojas, porque de ordinario las órdenes i las indicaciones le eran transmitidas por el señor Hardoy o por el señor Andrada.

¿Qué desearía con él el señor Harvey?

Había ingresado a la casa hacia cuatro o cinco años, con buenos certificados, que la propia competencia se encargara de ratificar. Consiguí, cumpliendo con actividad i con celo sus obligaciones, mejorar año a año su sueldo. Había llegado a ser el empleado reputado más serio de su oficina i por sus mismas condiciones personales i de trabajo i su voluntad siempre dispuesta, era el que tenía las funciones más delicadas i de mayor confianza.

—Señor Rojas, estos depósitos a los Bancos.

—Señor Rojas, estos paquetes para cambiarlos en la Caja de Conversión.

—Señor Rojas, estos cheques para retirar efectivo.

I el señor Rojas, con presteza, jovial, voluntarioso, volaba por los Bancos, cambiando, depositando, cobrando, con su valija bien cerrada.

Jamás faltó un centavo en sus operaciones. Jamás recibió una observación por un error, aunque sea lijero. Jamás tuvo una falla de caja. Porque el señor Rojas, era, para el señor Hardoy i lo era en consecuencia para el señor Juan Harvey, "un empleado de la casa de los Harvey", es decir, un hombre sencillamente correcto.

El señor Harvey pocas veces llamaba a un empleado a su escritorio. Por eso el señor Rojas, apenas concluída su labor del día, se dirigió a su jefe inmediato para indagar.

—No sé de lo que se trata.

Se dirigió a Míster Charles i al señor Tello i a sus otros compañeros i como no obtuviera cumplida satisfacción su curiosidad tan lógica, se encaminó resueltamente al escritorio del señor Harvey, con la conciencia tranquila, pero con cierta inseguridad, trauciéndose en agitadas pulsaciones.

HIPÓDROMO

El señor Harvey estaba en su escritorio. Una lamparilla eléctrica alumbraba su mesa, mientras la pantalla verde le disimulaba el rostro en la penumbra.

—Señor Rojas...—comenzó el jefe de la casa.

El señor Rojas palideció.

—... estamos muy contentos de Vd.—continuó pausadamente El señor Rojas respiró con intensidad i se pasó el pañuelo por la frente.

—¿Usted está contento en nuestra casa?

—Sí, señor Harvey.

—Muy bien.

—Pero...

—¿Pero?

—Sí, señor Harvey, iba a decirselo en la primera oportunidad. Estoy contento en la casa, pero creo que debo ganar un sueldo mejor.

—¿Sí?

—Sí, señor Harvey. Tengo esposa e hijos, atiendo la subsistencia de mi señora madre, tan anciana. Ocupo una casa del suburbio i pago ochenta pesos de alquiler; ¿qué puedo hacer con los pocos pesos restantes? Hai que comer, vestir, enviar los chicos a la escuela, i la salud a veces no es buena, hai que gastar en médico, en farmacia...

—Bien, señor Rojas. Eso quiere decir que Vd. no está contento.

—Sí... no... efectivamente, señor Harvey aspiro a ganar un sueldo mejor, i deseo ganarlo, con más trabajo, si es preciso.

—Muy bien. ¿Vd. quiere un aumento de sueldo?

—Si es posible...

—No es posible aumentar su sueldo, porque una excepción nos resulta muy desagradable... ¿Podría Vd. aceptar en cambio un puesto fuera de la "Caja"?

—¿Fuera de la "Caja", señor? ¿Es que no se tiene confianza?...

—¡Oh, mucha confianza! Le pedimos tomar un puesto de mucha confianza. Vd. se haría cargo de nuestra cobranza urbana, con el mismo sueldo, más una comisión, que fijaríamos en un medio por ciento, deseosos de estimularle i de favorecer su iniciativa, como también asegurar sus días futuros. Vd. sabe que es nuestro modo de proceder con los buenos empleados.

—Sí, señor Harvey, yo estoy muy agradecido por sus palabras i por el nuevo destino que me ofrece.

—Muy bien, señor Rojas, desde el primero Vd. tomará su nuevo cargo. Hasta mañana, señor Rojas.

Don Juan Harvey tendió la mano paternal i amistosa a la vez a su empleado i mirándole con claridad, se la apretó suavemente, o para mejor decir, solidariamente.

Cuando el señor Rojas se retiró del escritorio, la casa estaba cerrada i las luces de los grandes salones se apagaban por

serie. Salió a la calle contento de poder respirar el aire libre i saborear en la soledad su alegría, pero en la puerta le esperaban sus compañeros de trabajo deseosos de saber de lo que se trataba. Rojas les informó i en el franco regocijo de sus compañeros, encontró tan afectuosa satisfacción que estrechaba la mano de todos.

—¡Un vermouth, un vermouth!—dijeron a coro.—Vamos, a la confitería, a celebrar el ascenso.

Un grupo de seis empleados se instaló en la confitería de Perú i Avenida, i rodeando la mesa bebieron refocilantes.

A las ocho de la noche, el señor Rojas se despedía de sus amigos e iba a penetrar a la estación del subterráneo, cuando reflexionó i pensó que era una tontera volver a casa con las manos vacías después de un acontecimiento tan importante. Regresó a la confitería, compró masas, fiambres i una botella de vino francés, con los únicos cinco pesos que tenía en el bolsillo, guardándose los centavos para el boleto. Con sus dos paquetes, se instaló i mientras el subterráneo devoraba las distancias i pasaban las luces blancas, i las verdes, i las rojas, i las estaciones, entre el subir i el bajar de los pasajeros, el señor Rojas, el buen muchacho, ¡qué diablos!, vagaba por los paraísos de la felicidad con sus fiambres, sus masitas i su botella de vino, hasta que el guarda le despertó con el anuncio de su estación terminal.

Descendió i tomó la calle a pasos de gigante, para llegar a su casa.

La casa de Rojas era una modesta casa del Caballito, a tres cuadras del tranvía. Tenía al frente, en el espacio destinado a la sala, un pequeño jardín que Rojas cuidaba con esmero los días domingo entre las burlas de su esposa i de su madre i el alboroto de sus tres chicuelos. Seguía una habitación que era sala i comedor, dos habitaciones más que eran dormitorios, una pequeña i las dependencias. A lo largo, ventilándose al este, una galería angosta, adornada de enredaderas, daba un aspecto menos desconsolador a la vivienda. Era esta casa de esas que se construyen en serie, con su puerta de fierro i su verja, de esas casas que uno no sabe cuál es la propia porque todas son iguales.

Al verse con los paquetes se imaginó lo que pensaría su mujer, i combinando picardías conyugales, preparó una sorpresa. Se levantó el cuello del saco, se deformó el sombrero, se desalió el bigote i en llegando, metió los brazos por las rejas de la puerta de fierro i golpeó las manos con energía.

Se encendió un foquito en la galería, i apareció su consorte, arreglándose.

—¿Quién anda?

—¿Aquí vive don Ernesto... don Ernesto Rojas?

—Sí, ¿qué deseaba?

La señora se aproximaba, curiosa i desconfiada. Llegó hasta un metro de la puerta. El visitante dijo:

—Traigo estos paquetes para la familia del señor.

HIPÓDROMO

—¿De parte de quien?

—¡Pero, zonza!

—¡Oh, qué chasco! ¡I cómo te iba a conocer! Cambiaste tan bien la voz... i con el sombrero así... ¡Señora!... era el chiquito de su hijo que venía de mascarita!

La madre, puntillosa i peinada, con su bandó de canas i su severidad de mariscal:

—¿Qué significa tanto paquete, hijo? -

—Traigo una buena noticia.

I contó en el círculo que formaban la madre, la esposa, los chicos, su conversación con el señor Harvey, su temor, sus quejas, la propuesta, la mejora.

—¡Ya era tiempo! — dijo la esposa.

—¿Cuánto dices de comisión? — interrogó la madre.

—El medio por ciento.

—¡Uf, es una miseria!

—Un medio por ciento es medio centavo por cada cien centavos.

—¡Es una usura!

—... cincuenta centavos por cada cien pesos...

—¡Cuándo llegarás a ganar!

—... cinco pesos por cada mil...

—¡Ah!

—¡Ah! si es así...

—Es claro, madre, es así.

I se sentaron a la mesa. I comieron su sopa humeante i sabrosa, i los fiambres de la confitería, i bebieron el vino francés, i saborearon las masas de postre, i la alegría circulaba entre caricias, proyectos i satisfacciones.

A las diez de la noche la luz de la pequeña galería se había apagado i la casita estaba a oscuras. Un silencio de paz, como una bendición, rodeaba el hogar de los pobres hasta donde penetrara un soplo de renovación, de sana vitalidad, de nueva confianza en la existencia, de mayor aplomo para la lucha de cada día.

Las estrellas parpadeaban despidiéndose, como si dirijiéndose a los habitantes i a las cosas; les dijeran:

—¡Hasta mañana! Hasta mañana: hogar en sombras, donde duermen su sueño de ángeles las criaturas, su sueño de amor los esposos, su sueño de tranquilidad la madre, su sueño de rocío la casa, las plantas, las flores!

CAPITULO SEGUNDO

Pocos meses después del cambio de situación estaba ya casi resuelto el cambio de vivienda. Las entradas mensuales del jefe de familia daban pie para pensar seriamente en mejorar de vida, como para estar más cerca del centro, poder ir al teatro o al cinematógrafo i mirar las tiendas de vez en cuando.

Por su parte, el señor Rojas, gracias al contacto personal con la clientela de sus patrones, se había relacionado i su existencia que antes por razón de sus exigencias de oficina fuera metódica, se tornó un tanto desarreglada por lo que él llamaba "las exigencias de la cobranza".

"No iré a almorzar—escribió la primera vez que faltaba de su casa a la hora de almorzar, en esuela enviada desde la rotiseria—no iré a almorzar porque me ha invitado a quedarme en el centro el señor Ramírez, de la firma Ramírez y Cía."

"No iré a cenar,—escribió la primera vez que faltaba a cenar—porque me quedaré con el jefe de compras de la casa de Aldabe Hnos."

"Esta noche iré tal vez un poco tarde; no te aflijas;—escribió la primera vez que llegaría a deshora—estaré en el teatro con don Esteban García i su hermano".

A las objeciones de la esposa, Rojas respondía con franqueza i a veces con no disimulado mal humor:

—¡Y bien! ¿qué quieres que haga? Tengo necesidad, por exigencias de la cobranza, de ser condescendiente con las personas que trato. Hoi me invitan i mañana tengo que retribuir la invitación... ¡Yo no soy un oso, mujer!

Otra vez replicó:

—Por lo visto, entiendes que debo vivir encerrado en las cuatro paredes de la casa oyendo llorar a las criaturas i viéndote remendar ropa o componer medias! ¡Bonita diversión!

Otra vez fué más altivo:

—Parece que te disgusta demasiado. ¡Bien! ¡Yo no puedo hacer de otra manera! ¡Hai que conformarse o reventar!

Porque llegó un domingo a la madrugada, i a la hora del almuerzo, las rencillas adquirieron carácter de reyerta. La esposa se levantó llorando de la mesa. La madre trató de apaciguar la beligerancia sin éxito. I el señor Rojas tomó su sombrero i salió a la calle.

—¡Ya no se puede más en esta casa!—vociferó dando el portazo de estilo en estas circunstancias.

Fué a almorzar al centro. En la rotiseria donde se reunían los amigos i relaciones, encontró a sus compañeros de jarana de la noche, los que se asombraron al verle:

—Me he peleado con mi mujer—les dijo—i me he salido de casa sin almorzar.

—¡Contra el histerismo, bromuró, chico!

—Sí... porque llegué de madrugada...

—En casa es lo mismo, con ser que la mía está ya basta, acostumbrada.

—También si el hombre ha de someterse a los caprichos de la esposa, la vida le resultaría un calvario.

—El ideal de toda esposa—arguyó un tercero—es tener un marido que viva en la casa cuando ella quiera que viva en la casa, i que se vaya de la casa cuando ella quiera que se vaya de la

HIPÓDROMO

casa. El marido ideal es el que sabe coincidir, i para ello... tacto, paciencia, diplomacia...

—I bromuro... ¡Ja ja ja, ja!

—Pero uno tiene sus ocupaciones i sus amigos i sus deberes sociales i no es posible que el mundo jire en torno al capricho de la mujer de cada uno.

—¡Eh, zonceras! No llevarles el apunte... ¿quieres del tinto o del blanco? Es mejor el blanco...

Cuando terminó el almuerzo, se planteó el problema de lo que harían a la tarde.

—Yo me voi a casa, se apresuró a decir Rojas.

—¡Ahí está! rendido con armas i bagajes!

—No es eso, pero es que ningún domingo falto de casa i por una tontera no vale la pena...

—I si hoi llegas a faltar, esta noche tienes una escena a la hora de comer, i si también faltas a la hora de comer, la tendrías a la hora de dormir... Debes comer afuera o dormir afuera.

—No es para tanto.

—Fíjate que mi mujer era así, al comienzo. La primera vez que falté a almorzar, gran escándalo. Al día siguiente falté a almorzar i a cenar. El escándalo se postergó para la media noche. Pues al día siguiente no fui a almorzar, ni a cenar, ni a dormir... durante tres días i tres noches... ¿te acuerdas, Romaguera?

—¡Claro! ¡Qué días i qué noches! ¡Eramos unos bárbaros!

—Nosotros nos vamos al hipódromo... Los que quieran...

—¿Hai datos?

—Algo.

—¿Vienes?

—No me gusta el hipódromo.

—¿Pero has estado alguna vez?

—No, pero no me gustan las carreras.

—¿Pero has jugado, acaso?

—No, no he jugado, pero no me gustan.

—¡Eh, santo varón! Pareces un chiquilín que tiene miedo de ir a las carreras para no "echarse a perder"!

—A las carreras uno puede ir por paseo, por diversión, por entretenimiento, por pasión, por vicio.

—Si quieres jugar, juegas; si no quieres jugar, no juegas. Con dos pesos pasas toda la tarde viendo a la jente...

—¿Te conté lo que me hizo el gallego de la farmacia? Le mandé a jugar a "Pipiolo" cinco i cinco, el jueves, en la cuarta. El batacazo de la tarde. El gallego me entregó... setenta pesos i me cáloté doscientos diez!...

—¡Como si no lo conocieras! El se defiende diciendo: "la culpa no es mía, sino del redoblonero, yo no soi más que un agente diplomático".

—¿Andando?

—Ahí viene un auto... che chaufer! Subí, hombre... claro... Al hipódromo, che, rápido, por el bajo.

Rojas puso el pie en el hipódromo con la timidez de aquel que entra a un lugar pecaminoso, ante las miradas de todo el mundo. Le parecía que todos los concurrentes le observaban. Pensaba en su interior, con un poco de vaga compasión en el destino de tantos hombres i su recuerdo volvía de rato en rato hacia su hogar, su esposa, sus hijos, su madre, en lo que harían mientras él paseaba con toda tranquilidad.

Se acercaron a una boletería. Uno del grupo dijo:

—¡A formar! ¿De cuánto?

—Diez por cabeza para la primera.

—Diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta... ¿A quién le compro?

—¿I el dato?

—No tengo para la primera.

—A ver el programa.

—“Napoleón”, por “Mariposa” i “Saint Etienne”, con Rodríguez, del Stud San Carlos, 56 kilos...

—Pasá.

—...“Caudillo”... éste perdió el otro domingo... es un man-carrón...

—Perdió por falta de apronte; me lo dijo el cajetilla aquel que come en la mesa del lado.

—¿Qué sabe ese!... “Guerrillero”, por “Espadín” i “Concordia”.

—¿Cuántos kilos?

—Cincuenta y seis.

—Pesado.

—Lo monta el manco, seguro.

—No, si es del stud Primicia.

—¡Ah!

—...“Quichúa”, del stud Sauzal, hijo del famoso “Vincitor” i de la yegua más linda que ha pisado la pista del hipódromo Argentino, “Batalla”, por “Saint Omer” i “Lady Mary”, de las caballerizas del rei de Inglaterra, le costó veinte mil libras a don Santiago...

—Es la fija.

—¿Quién lo monta?

—El inglés.

—Entonces, diez i quince.

—No hai que apurarse, caballeros; veamos primero las cotizaciones. Con paciencia i saliva...

I se fueron a las pizarras.

—Ahí está tu primicia... con cuatrocientos boletos!

—Ahora está en cuatrocientos—dijo un espectador desconocido—porque el dueño le juega al último. “Quichúa” ha de ganar... si consigue quebrar a “Caudillo”.

—¿No me diga, amigo! ¿Qué le va a hacer “Caudillo”? ¿No se

HIPÓDROMO

acuerda de la carrera que hizo el domingo? ¡Parece mentira! ¡Un caballo como ese metido en el pelotón de la cola, daba verguenza!

—Hubo tongo el domingo.

—¡Qué tongo! ¡Ahora ya no es como antes! Perdió porque debió perder y nada más.

—¿Me va a decir a mí? Si soi amigo de un muchacho que está todos los días metido en la casa del entraineur? i me dijo que antes de la carrera ya sabían que la iba a perder. ¿I cómo lo sabían, dígame, cómo lo sabían? ¡Son más ranas!...

—Cuentos.

—Yo sé lo que digo. Por eso le he jugado en ésta cinco i cinco; lo que dé por mitad a "Placentera" en la segunda; me abro en la tercera i en la cuarta; lo que dé "Placentera" por mitad a "Chamusquina" en la quinta i lo que dé, por mitad a "Volador" en la sexta... datos de primera mano... Esta tarde me alzo con tres mil mangos para dar de comer a la ruleta del Real esta noche.

Nuestros amigos jugaron a "Quichúa", descendiente de los caballos del Rei de Inglaterra. I perdieron.

—¡Qué ensartada!

—¡Es que el inglés!... el inglés... No hay que fiarse nunca del jockey.

—Eso pasa cuando se juega al jockey; hai que jugar al caballo.

—Es lo que hicimos, le jugamos al caballo.

—No siempre hai que jugar al caballo, porque se debe tener en cuenta al jockey.

—Yo conozco un pariente de un empleado del Banco de la Nación que me ha dicho que éste jugaba siempre al jockey i no perdió jamás.

—¡Casualidades, hombre!

—Matemático, che. El seguía al jockey. Se abría la temporada i lo tomaba, por ejemplo, a Torterolo. En la primera carrera, uno i uno; perdía. En la segunda, dos i dos; perdía. En la tercera, cuatro i cuatro, perdía; en la quinta, ocho i ocho, en la sexta, diez i seis y diez i seis; en la séptima, treinta y dos ganadores i treinta i dos placés; en la octava...

—¡Eh, bárbaro!... a ese paso no ganaba nunca!

—No seas pavo! es así como ganaba. Podía perder en la primera, segunda o tercera; pero ganaba en la cuarta... i se desquitaba.

—¡También se precisa el capital de Anchorena!

—Eso es cierto, se precisa plata, pero se gana. Ahí está el caso, i no es cuento.

—¿I ése ganaba?

—Naturalmente. El que me lo dijo es el primo. Cuando ganaba, empezaba su juego como al principio, uno i uno, al mismo jockey. Fijate que en 1915 se gastó diez i siete mil pesos i se sacó cuarenta i dos mil; en 1916 se gastó treinta mil y sacó noventa i ocho mil.

—I en 1917. ¿a quién siguió?

—Ya no jugó en 1917.

—Ese la acertó.

—No, es que lo encanaron. El bárbaro jugaba con la plata del Banco.

—¡Vea la gracia! Así ¿quién no juega?

—Es claro, jugando con tino, sabiéndose contener, hubiera podido manejarse i cubrirse.

—Ahí están las pizarras de la segunda. ¿Jugamos?

—Estamos metidos en diez cada uno, pongamos otros diez para ver si la suerte nos desquita.

—No lo he visto a Garibaldi. Es mejor jugar en la otra.

Cerca de la última carrera, mientras paseaban por la vecindad de la tribuna de los socios, se le mostraban a Rojas los personajes concurrentes.

—Aquel de anteojos, es el doctor Fulano; ese otro que va con esas dos señoras, es el senador Perengano... Mirá allá, ese de galera gris, ¿te das cuenta? Fijate el manojito de boletos que tiene en la mano.

—¿A quién le habrá jugado?

—Ese ha de tener sus caballos.

—Está conversando con el entraineur de "Picardía" che.

—No es.

—Sí, hombre, ¿no le ves la cicatriz?

—Es cierto.

—Este le ha jugado a "Picardía", a la fija.

—¿Cuántos tiene "Picardía"?

—Va de favorita.

—Hai que jugarle para no perder.

—¿Le jugamos?

—¡Meta!

—Tomá, che Rojas, diez i quince, en la boletería número seis, allá; ¿no ves el número?

—¿Pero cómo diez i quince?

—Diez a ganador i quince a placé.

—Este Rojas es un papanatas.

Rojas se acercó a la ventanilla, atiborrada de jente. I mientras codeaba por llegar, fué desplazado sin advertirlo a la ventanilla del lado, la número cinco, donde compró, con la precipitación del caso, los boletos que se le encargaran. Cuando se reincorporó al grupo de amigos, las disposiciones de la última carrera estaban tomadas, i apenas tuvieron tiempo de treparse a la cuarta grada.

"Picardía" perdió escandalosamente. Nuestros jugadores se daban a lamentaciones, cuando Rojas les mostró los boletos como para rendir cuenta de la inversión que se le confiara, i sus compañeros conocieron al punto el error en que había incurrido, error que por otra parte les importaba una buena ganancia, porque

HIPÓDROMO

los boletos pertenecían al caballo que había ganado, i era un batacazo.

El episodio de la ventanilla dió a comprender a Rojas que bien podría ser una teoría de carrerista equivocarse siempre para ganar, i creyendo que podría tomar el incidente como una cábula por la circunstancia de ser la primera vez que compraba boletos de carrera, la primera que jugaba, la primera que ganaba, desde ese día en adelante siempre compraría boletos en la otra ventanilla...

Se retiraron del hipódromo i Rojas volvió a su casa fatigado, taciturno, reflexivo, aunque trajera en el bolsillo el dinero de la ganancia.

—Ahí viene.

—Sé prudente, hija, i no lo molestes... los hombres a veces son así.

—¡Cómo has tardado, Ernesto! ¡Creíamos que no vendrías a comer!

—Y estaban alegres.

—No, por cierto. Estás lleno, lleno de tierra. ¿Fuiste al Tigre en auto, seguro...

—No, he estado en las carreras.

—¿En las carreras?

—¿En las carreras, hijo?

—Sí, en las carreras... Tomá... ciento ochenta i tantos pesos. Los traía separados en este bolsillo... para ropa... te alcanza para un saco medio decente...

—Para los chicos, che, que andan necesitados de ropa gruesa.

I después de un repaso de tocador i de frases triviales, se sentaron a la mesa, displicentes, aburridos. El tenía la cabeza llena de ruidos, de vociferaciones, de impresiones, de sensaciones. Ella le observaba en este retraimiento, con desconfianza, como pensando en que los incidentes de los días anteriores le hubieran tornado melancólico, desamorado quizá.

La madre dibujaba con su fino dedo, con migas de pan, una letra inicial, mientras sus ojos vaticinadores i profundos, se alzaban lacrimosos, para mirar de vez en cuando el semblante de su hijo transformado hacia una dirección inesperada, irregular i acaso tempestuosa.

CAPITULO TERCERO

—Haga el favor, señor Hardoy, fijese nuevamente en las planillas; me parece imposible.

—Señor—arguyó el jefe de ventas—yo he visto el recibo al pie de la factura, con mis propios ojos.

LA NOVELA SEMANAL

—Pero esa jente paga siempre con cheques o con documentos, amigo mío.

—Bien, no importa; le ruego, señor Hardoy, fíjese nuevamente con todo cuidado.

Los jefes de contaduría, ventas, caja i el señor Harvey, después de concluído el trabajo del día, consideraban con visible agitación el caso, inesperado i de gravedad. Estaba de por medio el crédito de la casa i el crédito de una persona de la casa.

La firma Aldabe Hnos. se había quejado en la tarde porque no se atendía con puntualidad un pedido de mercaderías. El jefe de ventas pidió informes al escritorio i le contestaron sencillamente:

—Está en descubierto con las facturas de dos meses. Debe cancelar por lo menos una.

El propio Aldabe recibió por teléfono la respuesta i se vino a protestar hecho una furia.

—Pero, señor, Vd. sabe que la casa no atiende pedidos nuevos mientras están pendientes algunas remesas; eso lo sabe Vd.

—Sí, señor Richard, lo sé; pero también sé que estas facturas están pagadas. Deben tener ustedes un error.

—No, señor, el error debe ser de su casa.

—Señor Richard, yo no soi un impostor, ni he de venir a ensuciar me por esta bagatela. Hágame hablar con el señor Andrada.

—¿Usted quiere cerciorarse en contaduría? Bien, iremos juntos, porque ahora el señor Andrada está ocupado.

Comprobaron efectivamente que las facturas en cuestión no aparecían saldadas. Pero el señor Aldabe, viejo comerciante i hombre pundonoso, debió apelar a sus últimas defensas.

—Llame Vd. a mi casa, señor Richard, pídale a mi hermano que traiga los recibos; por favor, señor Richard.

Cuando llegaron los recibos, la discusión era inoficiosa.

—¿Yo no podía engañarlos, caray!

—Muy bien, señor Aldabe, el error es nuestro, i en todo caso el lunes se le hará la remisión, porque ahora ya no hai tiempo.

Esto era lo ocurrido. La revisión ordenada por el señor Harvey no dió otro resultado.

—Si Aldabe ha pagado hace quince días i el señor Rojas ha cobrado el efectivo de las facturas... retiene el dinero en su poder.

—O lo ha perdido, ¿no es así?

—Sí, lo habrá perdido jugando.

—¿Es que Vds. saben que el señor Rojas juega?

—Hai muchos empleados que lo saben en la casa.

—Lo han visto con amigos en el hipódromo i en los vapores que van a Montevideo, a la Colonia.

HIPÓDROMO

—¿Quiere decir todo eso que mis empleados son unos tahures, señor Andrada?

—Señor Harvey, tanto como eso, no. Pero en este caso, si bien no me consta, le debo decir que tengo casi la seguridad que este mozo se ha jugado la plata de Aldabe.

—¿Qué hacer?

—Señor Harvey, si me permite: creo que debería darse aviso a la policía.

—No hai motivo. El señor Rojas...

—Usted resolverá. Pero el señor Rojas trajo ayer su cobranza, hoi no ha venido, en la casa no está i este incidente nos pone en guardia con toda la clientela.

—Preguntaré yo mismo a su casa.

Telefoné el propio señor Harvey i las respuestas de la esposa de Rojas le sumieron en una honda preocupación.

—Se ha ido a la Banda Oriental, pero en uno de los vapores que van a la Colonia.

—Lo dicho: se ha ido a la ruleta.

—Volverá mañana temprano.

—Es claro, para estar por la tarde en las carreras.

—¿A las carreras de aquí?

—Naturalmente.

—Entonces convendría avisar a la policía.

I se dió el aviso. Cuando llegó el comisario de investigaciones i fué impuesto de lo que ocurría, oyó el relato con tanta indiferencia, que el señor Harvey pensó en la desidia del funcionario i le insinuó correctamente sus dudas.

—No, señor; estos son casos vulgares. Por mui bueno que haya sido, si no ha sabido tener a tiempo un freno de enerjía, ha caído. Comienzan por ir al hipódromo a pasear, a ver, a pasar la tarde. Después juegan i cuando ganan, cobran demasiada confianza en su suerte i juegan lo que ganan i lo que pueden tener a mano. Es entonces, en este momento, que una pérdida les coloca en la pendiente fatal. Contraen las primeras deudas, operan con los prestamistas, empeñan sus prendas, se facilitan dinero entre amigos, detienen las cobranzas que deben devolver, i agotados estos recursos, endeudados, van al delito: falsifican firmas, se apropian de lo ajeno, a veces como vulgares ladrones. La policía recibe la denuncia, les somete a la justicia, se les procesa, se les retrata, se les forma el prontuario, son condenados. Quien ha estado en la cárcel por un delito semejante, difícilmente encuentra sitio honesto en la sociedad. El comercio está minado de vicio. El hipódromo i la ruleta tienen sus raíces hondas en todas partes... Ayer detuvimos a un empleado del gobierno... Hace pocos días, a dos de un Banco... Mañana será su cobrador... quizá. I los que andan por ahí... sueltos, suman centenas, miles, señor Harvey... Ordenaré la vijilancia, como Vd.

lo desea. Si es un habitué, debe ser una persona conocida de la policía, no costará trabajo identificarlo.

—Yo quiero cerciorarme de la verdad, señor comisario.

—Sí, señor. Vd. sabrá todo. Eso va por nuestra cuenta. ¿Vd. firmará una denuncia, no es así?

—Sí, señor, un pedido de averiguación, una sospecha... No una acusación, yo no sé, no me consta, no creo, señor!

A las diez de la noche, al tiempo de cerrar la puerta de calle de la nueva casita, la sirvienta observó que un hombre desconocido se paseaba en actitud sospechosa. La esposa de Rojas comprobó el detalle por la persiana de la salita. Ahí estaba. Media hora más tarde, había desaparecido de ese sitio, pero estaba en la vereda de enfrente. A media noche, se levantó para mirar de nuevo. El personaje seguía en su puesto.

—¿Qué hai, hija?—preguntó la madre, que había sentido pasos.

—No sé... pero tengo un presentimiento; estoi intranquila. Esta noche cuando la sirvienta fué a cerrar la puerta de calle, vió que un hombre se paseaba. Le observé por la persiana de la sala i no salía del frente de nuestra puerta. Más tarde se pasó a la otra vereda. Ahora está aquí otra vez. Y esto no me deja dormir, Dios mío!

—Puede ser alguno que espera a la... Fulana de la casa de departamentos.

—Pero la traza...

—No ha de ser nada, hija. I si es por robar, con telefonar a la comisaría se arregla todo.

—¡I Ernesto afuera! Esta vida así es imposible.

—Así es hija, es preciso tener paciencia i cuando él venga le debes hablar con claridad. A decirte verdad, tantos amigos no me agradan. Con los muchos amigos vienen los compromisos i lo demás.

—De noche en Montevideo, de día en las cobranzas... Este puesto que le ha dado tantas esperanzas, ha sido para empeorar la vida. Si falta la tranquilidad, ¿de qué vale el dinero?

Dialogaron hasta la madrugada.

El hombre seguía en su posición, de observador, a ratos en esta, a ratos en la otra vereda.

A las seis de la mañana llegó Ernesto en automóvil.

—Se para aquí, es él.

—Mirá primero por la persiana.

—Sí, es él.

—¡Gracias a Dios!

—¿Cómo? ¿Levantadas tan temprano?

HIPÓDROMO

—No hemos podido pegar los ojos, con miedo a un hombre que se ha pasado toda la noche como rondando la casa.

—¿Rondando la casa?

—Como lo oyes. De esta puerta a la ventana, de esta vereda a la otra.

—¿Dónde?

Miraron, i allí estaba con el mismo aspecto de espía.

—¡Uf! no hai que hacer caso. El sabrá por quien anda...

—Es lo que le dije a ésta...

—Bueno, me voi a recostar un rato. Si me duermo, a las diez en punto me despiertan, ¿no?

Se le despertó a las diez. A las once, cuando el señor Harvev habló por teléfono, Rojas había partido ya con varios amigos. Almorzaría afuera i por la tarde iría a las carreras.

—¡No me regañen, por favor, no me regañen!

—Pero, hombre, siquiera una vez podrías quedarte a almorzar en tu casa!

—Les prometo bajo palabra de honor que esta noche cenaré con Vds.

—Hai que aprovechar el domingo, señora.

—Sí, señora, esta noche se lo entregaremos a la hora de cenar, sin falta.

El automóvil de los amigos partió, i detrás de él, manteniendo distancia, la policía marchaba como una sombra.

"Se lo entregaremos a la hora de cenar". ¡Bendita esperanza!

—Le prepararemos unos panqueques, hija. ¡Vos sabés que le gustan tanto!...

CAPITULO CUARTO

Pocas veces como en este día el sol se ha mostrado tan oportuno: el domingo puede vanagloriarse de su mediodía clarísimo. La ciudad toda se abre de par en par i el oxígeno vivificante pasa i repasa en los soplos de la brisa, restaurando el desgaste de la semana.

Los paseos se pueblan paulatinamente de chicuelos; las calles centrales abundan de concurrencia para los espectáculos de la tarde; desbordarán los cinematógrafos i los teatros agotarán sus localidades. También por las avenidas anchas i arboladas de Palermo pasa vertiginosa la vida dominical, persiguiendo la alegría de vivir i el gozo anhelante de vivir bien.

Desde Callao se nota la dispersión de automóviles i coches, el campaneo precipitado de los tranvías i el paso apresurado de los transeuntes económicos. Seguirán hasta la avenida Alvear, penetrarán por ella, cruzarán por la Recoleta poblada de tumbas, de gorriones i de niños, verdeante en su bosque, sonora en su gruta. Advertirán el trabajo incesante de las bombas que nos dan de beber desde las cuatro paredes de las Aguas Corrientes; mira-

rán de reojo la estética del monumento de los franceses; despreciarán al "Segador" i al "Sembrador", instalados en medio del paseo como testimonio de un arte simplemente decorativo; llegarán al bosque, sonreirán ante la arboleda ajitada por el viento i dorada de sol; pasarán veloces, fervientes, a lo largo de la vida i de la belleza, ciegos ante la serenidad de los cielos azules; mudos ante las voces múltiples de la naturaleza regocijada que dice su canción al reposo merecido de los domingos tradicionales.

Automóviles elegantes servidos por jente de librea y ocupados por caballeros cuantiosos i damas de alcurnia; automóviles rústicos arrastrando en su carrera ruidosa al buen burgués i a sus amigos; automóviles de alquiler, democráticos i feos, con la banderola del taxímetro a media asta, corneteando el peligro, transportando la clientela de empleados, de rentistas pobres, de turfistas bullangueros.

Por las aceras marchan a largos trancos los que no tienen para transportarse en otra forma; van en grupos; conversan nerviosos, dialogan i razonan entusiastas; exteriorizan en la cara la jovialidad, la feliz esperanza, como si el sol que les inunda i la brisa que les sopla, les confortaran en el vuelo de sus ilusiones.

Por las calles vecinas en sucesión infinita pasan los tranvías atestados: llevan sus plataformas casi tocando el suelo; pasan sin detenerse.

Gente rica, gente pobre; capitalistas i obreros (más obreros que capitalistas), gente enloquecida i arruinada por el juego; trajes correctos i trajes miserables; almas cándidas i almas calculadoras, pasan ciegamente como obedeciendo a un destino indomable, con rumbo al hipódromo.

En las grandes puertas de entrada la multitud se agolpa en las boleterías, empuja, codea, entra, paga, retira el billete, cruza por entre los que esperan i penetra al local bullicioso i activo. Los pasillos, las terrazas, las tribunas, las boleterías interiores, los sitios destinados al pueblo, para la clase baja o para la clase pobre, están invadidos. Al otro lado, en el sitio reservado para la alta clase o para la clase rica, lucen al sol sus atavíos las mujeres desenvueltas i maquilladas, i las liberales de "posición", los funcionarios de gran sueldo, los hombres de estancia, los sostenedores de la "casa", con su sombrero de copa alta i sus anteojos en bandolera.

A la una de la tarde comienza el torneo, que ha de prolongarse hasta las cinco. En este tiempo las boleterías agotarán sus billetes; miles i miles de bolsillos quedarán vacíos; miles i miles de programas rodarán inútiles; miles i miles de cálculos i combinaciones habrán fracasado; miles i miles de fortunas levantadas sobre la ilusión de una redoblona caerán entre el desconsuelo y el arrepentimiento; miles i miles de hombres apagarán en su cara la alegría.

La multitud se reúne frente a las pizarras de las anotaciones.

HIPÓDROMO

nes y de las cotizaciones. Allí aparecen los caballos en lucha, con la cifra de boletos que les depara el favor público. Diez mil, veinte mil, treinta mil, cien mil boletos, doscientos mil pesos, trescientos mil pesos, depositados con la esperanza de que las cuatro patas de un caballo levanten el caudal que cada uno precisa, que cada ambición aspira, que cada egoísmo de lucro calcula, que cada deshonra necesita para rehabilitarse.

Cuando vibra en el recinto la campanada reglamentaria, las ventanillas se cierran; el público escala las tribunas; busca su colocación más cómoda; contempla angustiado el último desfile de los competidores por la pista i en las barreras, un cordón interminable de observadores i "palpitadores" mirará el detalle de los bazos, la tersura de la piel, la forma de la nariz, el movimiento de la cola, el movimiento eléctrico de las orejas, la sonrisa del jinete, porque cada uno de esos detalles, bien observado, es un número más sobre el número de las probabilidades acumuladas.

Se levantará una bandera roja; la multitud se arremolinará, se estremecerá, se agitará; los caballos galoparán hacia el sitio inicial de la carrera. Habrá un momento de espera. Veinte mil personas murmurarán. Cuarenta mil ojos se prepararán. Cuando los nerviosos caballos se alinean, la cinta que cruza la pista se levanta rápida sobre la cabeza de los jinetes. La multitud lanzará un clamor de alivio, circulará por el ambiente el temblor de aquella masa estrujada i anhelante.

La carrera ha partido. Allá van en grupo compacto por el lado opuesto a las tribunas los caballos del torneo. Cada uno de ellos lleva la esperanza, la ilusión, la alegría, la honra, la vida, el pan; la dicha de la multitud tremante. ¡Ellos... los caballos!... ¡Cómo corren! Es la blusa azul que avanza para desaparecer luego ante la blusa verde; es el caballo alazán que toma la delantera para perderla ante el avance del caballo zaino. Es un jinete que castiga; otro que se cruza; otro que se da vuelta; otro que alza el látigo, como amenazando.

Los cuarenta mil ojos, les siguen por la curva elíptica de la pista. La multitud se domina en silencio. Parece que un acontecimiento formidable estuviera por desencadenarse sobre ella. Es la esperanza, es el miedo, es el pavor, es la ilusión que el alma contiene cuando quiere desbordar o que oprime cuando quiere escaparse; es la angustia, es la miseria, es lo vil, es lo bajo de las pasiones, es el egoísmo disimulado de diversión o de alegría, escondiéndose rampante.

La carrera sigue, las blusas de color avanzan, avanzan rápida i precipitadamente. Ya vienen por el óvalo saliente de la curva extrema. La multitud ha jirado un cuarto de círculo hacia el extremo de la curva; las cabezas jirarán a la derecha, fijamente, siguiendo el combate de las gorras, de las blusas, de los látigos, de los caballos.

Ya han pasado, empolvando la pista, el extremo de la curva i entran por la recta! La multitud, abiertos los ojos desme-

suradamente, tiembla en silencio. Miles i miles de manos se crisan. ¡Ya, ya están en la recta! Las blusas se apartan, se separan, se distancian. Los látigos flajelan. Los caballos en alas del impulso apenas tocan en tierra. Entonces una voz, diez mil voces, veinte mil voces se escapan, forman una aclamación de circo romano, se manojan en el aire como un coro jigantesco, se esparcen, se levantan, se contradicen, imprecán, blasfeman, glorifican, i el nombre del caballo que pasa frente a la tribuna llevando el triunfo en su temblante belfo o pataleando la derrota en su galope inútil, se erige en la unanimidad de los clamores.

La multitud a una voz corea su nombre. Las tribunas se desocupan como antes. El pánico de una catástrofe inunda la pista.

Ahora ya no se afirma, ahora se discute. Cada derrota tiene su porqué i cada victoria tiene su razón. Pero aun falta la bandera roja de la señal final. No ha sido bajada. Cuando cae, desde el fondo de los corazones la oleada de sangre invade las cabezas para enjendrar la imprecación o para traducir el júbilo efímero.

La carrera ha concluído.

¡Las carreras han concluído!

El hipódromo ha vendido boletos por valor de un millón de pesos. En la tribuna elegante de los socios, poca jente se aflije. Triunfa la elegancia correcta de las damas i la indiferencia acostumbrada de los señores. Allí también se ha jugado, pero allí no se pierde.

El pobrerío de las tribunas populares mirará cómo pasean sonrientes las parejas felices; las manos que ostentan despreocupadas las sumas recientemente ganadas; los concilios notables donde se prepara el triunfo de la carrera próxima i se comenta la derrota pasada.

Minutos más tarde, el paraje se desocupa completamente; la jente se va, los automóviles elegantes, los automóviles rústicos, los automóviles democráticos i feos, los carruajes difíciles volverán por sus huellas.

Ya no hai sol, ya no hai verdor en el bosque, ya no hai azul en el cielo. La oración llega. Los hombres pasan en largo cortejo, como arrastrando el fardo de las horas recientes. Las aceras vuelven a llenarse de jente. Los tranvías vuelven a ser invadidos. La Avenida Alvear queda silenciosa, fatigada después de haber soportado en el desfile continuo de una tarde, el pasaje de miles de vehículos repletos de ilusiones i de pesares.

Por la noche, en los salones espléndidos del Jockey la jente de la tribuna reservada beberá champagne del torno a las mesas floridas. Es que la institución se consolida cada vez más: hoi veinte mil jugadores han volcado en su tesorería miles i miles de pesos.

Pero allá, en el barrio distante de la calle Florida, en la

casa modesta del suburbio, en el hogar sencillo del empleado, en el patio del conventillo lleno de juegos i de risas, en la casita alegre de día domingo, donde una buena esposa espera mientras los tiernos hijos duermen; en los comedores vacíos, en las alcobas desiertas, en los lechos quizás al borde de la prostitución, en las conciencias abatidas, en las cabezas pensativas, trágicas i fervientes, asomará, precisamente a la hora de la noche, la visión desolante del dolor, de la miseria, del arrepentimiento, i de la nueva esperanza que el delito refinado i sutil, trabaja sobre las fáciles voluntades en derrota.

Mano Blanca

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

¡LA CASPA DESAPARECE!

El Cabello se pone Hermoso, Ondeado y Espeso

¡Cuide su cabello! Duplique su
belleza en pocos minutos
¡Pruebe esto!

La menor partícula de caspa
desaparece y el cabello
no se cae más.

Pruebe esto y verá como, después de Danderine, Vd. no encontrará la menor partícula de caspa y el cabello no se caerá más, ni le picará el cráneo, sino que después de usarlo por varias semanas verá nuevo cabello fino y suave, saliéndole por todo el cráneo.

Un poco de Danderine inmediatamente duplicará la belleza de su cabello. No importa lo deslustrado, descolorido, quebradizo o áspero que esté, solamente humedezca un paño en Danderine y páseselo cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. El efecto es inmediato y asombroso, su cabello se le pondrá sedoso, ondeado y espeso, y le

dará un lustre incomparable, suavidad y abundancia que son la belleza de un cabello saludable.

Compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, y demuestre a los demás que su cabello es tan bonito y suave como cualquier otro, que solamente ha sido descuidado y estropeado por falta de tratamiento; eso es todo.

Danderine es para el cabello lo que la lluvia y el sol para las plantas. Va directamente a las raíces, fortaleciéndolas y dándoles vigor. Sus propiedades estimulantes y vivificantes hacen que el cabello crezca largo firme y bonito.

Para informes: L. F. MILANTA — Rivadavia 1255 - Bs. As.